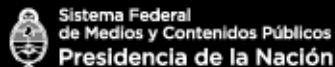


VEINTI **25** CINCO TWENTY FIVE

Photographs by Julio Menajovsky



IN MEMORIAN:

Silvana Alguea de Rodríguez - Jorge Antúnez - Moisés Gabriel Arazi - Carlos Avendaño Bobadilla
Yanina Muriel Averbuch - Naum Band - Sebastián Barreiros - David Barriga - Hugo Norberto
Basiglio - Rebeca Violeta Behar de Jurín - Dora Belgorosky - Favio Enrique Bermúdez - Romina
Ambar Luján Bolan - Emiliano Gastón Brikman - Gabriel Buttini - Viviana Adela Casabé - Paola Sara
Czyzewski - Jacobo Chemaue - Cristian Adrián Degtiar - Diego De Pirro - Ramón Nolberto Díaz
Norberto Ariel Dubin - Faiwel Dyjament - Mónica Feldman de Goldfeder - Alberto Fernández
Martín Figueroa - Ingrid Finkelchtein - Leonor Gutman de Finkelchtein - Fabián Marcelo Furman
Guillermo Benigno Galarraga - Erwin García Tenorio - José Enrique Ginsberg (Kuky) - Cynthia
Verónica Goldenberg - Andrea Judith Guterman - Silvia Leonor Hersalis - Carlos Hilú - Emilia Jakubiec
de Lewczuk - María Luisa Jaworski - Augusto Daniel Jesús - María Lourdes Jesús - Analía Verónica
Josch - Carla Andrea Josch - Elena Sofía Kastika - Esther Klin - León Gregorio Knorpel - Berta Kozuk
de Losz - Luis Fernando Kupchik - Agustín Diego Lew - Andrés Gustavo Malamud - Gregorio
Melman (Heshele) - Ileana Mercovich - Naón Bernardo Mirochnik (Buby) - Mónica Nudel - Elías
Alberto Paltí Germán Parsons - Rosa Perelmuter - Fernando Roberto Pérez - Abraham Jaime
Plaksin - Silvia Inés Portnoy - Olegario Ramírez - Noemí Graciela Reisfeld - Félix Roberto Roisman
Marisa Raquel Said Ricardo Said - Rimar Salazar Mendoza - Fabián Schalit - Pablo Schalit - Mauricio
Schiber - Néstor Américo Serena - Mirta Strier - Liliana Edith Szwimer - Naum Javier Tenenbaum
Juan Carlos Terranova - Emilia Graciela Berelejis de Toer - Mariela Toer - Marta Treibman - Ángel
Claudio Ubfal Eugenio Vela Ramos - Juan Vela Ramos - Gustavo Daniel Velázquez - Isabel Victoria Núñez de
Velázquez Danilo Villaverde - Julia Susana Wolinski de Kreiman - Rita Worona - Adhemar Zárate Loayza.

VEINTI **25** CINCO
TWENTY FIVE

Photographs by Julio Menajovsky

Argentina. Buenos Aires. 18 de julio de 1994.
Atentado terrorista a la AMIA,
centro de la vida judía en el país.
85 muertos. Más de 300 heridos.
25 años en búsqueda de verdad y justicia.

*Argentina. Buenos Aires. July 18, 1994.
Terrorist attack on AMIA,
center of Jewish life in the nation.
85 dead. More than 300 wounded.
25 years searching for truth and justice.*

Resulta extraño que, a 25 años del peor ataque terrorista sufrido por la Argentina, comencemos un mensaje con la palabra "Gracias".

Sin embargo, sentimos la profunda necesidad de expresar nuestro reconocimiento a todos aquellos que, durante este cuarto de siglo transcurrido, nos apoyaron y acompañaron en la infatigable lucha por fortalecer el ejercicio de la memoria y elevar el reclamo de justicia.

Cuando el terrorismo internacional atacó por segunda vez en Buenos Aires, el 18 de julio de 1994 destruyendo la sede de la AMIA, asesinando a 85 personas y dejando más de 300 heridos, el mundo miró esas imágenes con consternación, pero todavía las sintió lejanas. Lamentablemente, con el paso del tiempo, innumerable cantidad de ciudades sufrieron en sus propias calles el flagelo de un fanatismo que, día a día, sigue acumulando víctimas inocentes.

Por eso nos propusimos que nuestra lucha cruce las fronteras del país, bajo la convicción de que es necesario que todas las naciones democráticas se unan para denunciar y combatir el avance del terrorismo.

Esa es la razón por la que esta muestra fotográfica se inaugura en este lugar, y ese es el motivo de nuestro agradecimiento. Al Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la Nación, por los objetivos comunes y el trabajo compartido. A las autoridades del Sistema Federal de Medios y Contenidos Públicos, por el acompañamiento permanente y su valioso apoyo para la realización de este proyecto. A los miembros del Consulado Argentino en New York, por abrimos las puertas para esta exposición. Al artista por la mirada exacta. A los profesionales de AMIA, por las ideas y la dedicación. A mis compañeros de Comisión Directiva, por el compromiso diario. A cada uno de los protagonistas de estas imágenes, porque sus huellas e historias nos recuerdan a cada instante para quienes estamos trabajando.

A todos, muchas gracias.

Ariel Eichbaum
Presidente AMIA

It is odd to start a message with the word "Thanks" after 25 years of the worst terrorist attack perpetrated in Argentina.

However, we feel a profound need to recognize all those who, over the past 25 years, have supported and joined us in our relentless fight to strengthen the exercise of memory and elevate the claim for justice.

On July 18, 1994, international terrorism hit Buenos Aires for the second time, destroying AMIA's headquarters, murdering 85 people and injuring over 300. The world was appalled by those images, yet it was felt as a remote tragedy. Regrettably, over time, countless cities have suffered the scourge of this fanaticism that, day after day, continues to take the lives of more and more innocent victims.

Therefore, we have committed to taking our fight beyond the borders of our country, in the belief that it is necessary that all the democratic nations come together to condemn and fight against terrorism.

This is why this photo exhibition is opened here and this is the reason for expressing our gratitude. To the Argentine Ministry of Foreign Affairs and Cult, for the common goals and shared work. To the authorities of the Federal System of Public Media and Contents, for their ongoing support and valuable help in carrying out this project. To the members of the Argentine Consulate in New York, for opening their doors to this exhibition. To the artist, for the precise vision. To AMIA's professionals, for their ideas and dedication. To the members of the Management Committee, for their daily commitment. To each of the persons that appear in these images, because their memory and stories constantly remind us who we are working for.

To all of them, thank you.

Ariel Eichbaum
President of AMIA

El 18 de julio de 1994 un coche bomba se incrustaba en el edificio de la AMIA. Un atentado feroz que tuvo como consecuencia 85 víctimas fatales y más de 300 heridos. 25 años después todavía seguimos reclamando justicia.

Julio Menajovsky fue uno de los primeros reporteros gráficos en llegar al lugar. Sus imágenes recorrieron primero el camino de los medios de comunicación, para luego instalarse en nuestra memoria colectiva. A ella apelamos en el momento de recordar lo que sucedió. No podemos volver a los hechos, pero sí a las imágenes que los representan. De eso se trata la memoria, ese derrotero sin tiempo entre pasado y presente que nos hace honrar los recuerdos.

En ese sentido, estas fotografías son la señalética de lo inalterable y son inmunes al trabajo corrosivo del olvido. Ahí están, estoicas rémoras de un instante, esquirlas clavadas en el cuerpo de una nación, porque son más que el registro visual de una tragedia: son la representación vívida de un hecho impune.

Las imágenes de Menajovsky no son perturbadoras, ni duras, ni dolorosas, ni agobiantes; esos adjetivos le caben solo al momento representado. Desde su propio desgano, encarnan sí el horror, son la evidencia visual de que él no quería estar ahí, ni estaba dispuesto a ponerse al servicio de ninguna espectacularidad. Su presencia no fue una oportunidad profesional; sino una responsabilidad, la de dejar testimonio, de ahí que las fotografías estén despojadas de protagonismo autoral, solo la letanía del horror las habita.

Estas fotos no tienen fecha de vencimiento, pero van acumulando deudas con el tiempo. Por eso es que 25 años después le propusimos a Julio que las pusiera en diálogo con otras imágenes. En concreto, lo invitamos a hacer retratos de estudio, perfectos retratos, inmaculados, que mostraran un encuentro de personas que se hayan vinculado a partir del atentado, a través de diversas circunstancias. Una excusa para compartir relatos que permitan visitar los hechos históricos y sus consecuencias desde el presente.

Ahí comienza a gestarse esta muestra, que se denomina "VEINTICINCO", y que ha significado una verdadera experiencia para todos los participantes, porque el proceso creativo y de realización le dio una identidad singular a la propuesta.

Una vez que tuvimos identificadas las historias que queríamos contar, y luego de una larga labor de producción, convocamos a los protagonistas. Antes de empezar la sesión, había un espacio de charla en el que de manera breve exponíamos el proyecto en general y la especificidad de la foto en particular. Sobre todo, era una manera de abrir un espacio de escucha. Quizás esos fueron de los momentos más significativos de este trabajo.

Fui testigo de la manera en que Julio, durante las charlas, incorporó cada palabra, cada recuerdo, cada dolor: lo hacía desde un silencio profundo, hasta que él mismo se prestaba a compartir sus propias vivencias. Después de una o dos horas, vacíos de palabras, se pasaba a la toma fotográfica. Menajovsky pensaba en un rectángulo y acomodaba las miradas: logró que cada una de las cosas dichas estén presentes en la imagen. Son indicios simbólicos y potentes de su propia búsqueda, y la confirmación de un arte de la resistencia donde se puede gritar desde el silencio.

De la misma manera que estas obras surgieron de encuentros a partir de lo acontecido el 18 julio de 1994, también simbolizan una experiencia coral donde cada uno, de un lado y del otro de la cámara, salió transformado.

Las 38 imágenes de Julio Menajovsky proponen un recorrido de 25 años y, lejos de cerrar un capítulo, reafirman el camino transitado: no existe construcción del presente sin el ejercicio permanente de la memoria, y la fotografía es un instrumento vital para esta tarea.

Elio Kapszuk
Curador

On July 18, 1994, car bomb embedded itself in the AMIA building, a vicious attack that resulted in 85 fatalities and more than 300 wounded. Twenty-five years later we continue to call for justice.

Julio Menajovsky was one of the first press photographers to arrive at the scene. His images initially followed the route taken by the graphic media and ultimately became engraved in our collective memory. It is to this memory that we appeal now, as we recall what happened. Although we cannot return to the events themselves, we can access the images that represent them. Such is memory, a timeless road map between past and present that inspires us to honor our recollections.

In this sense, these photographs are the signage of what cannot be changed; they are immune to the corrosive work of oblivion. There they are, stoic obstacles of a single moment, shrapnel lodged in the body of a nation, because they are more than the visual record of a tragedy: they are the lived representation of a deed that remains unpunished.

Menajovsky's images are not disturbing, hard, painful, or oppressive; those adjectives apply only to the moment represented. True, they embody the tragedy from the perspective of his own reluctance; they are the visual evidence that he did not want to be there, nor was he inclined to put himself in the spotlight. His presence there was not a professional opportunity, but rather a responsibility; that of giving testimony. This explains why the photographs lack an authorial presence; only the litany of horror resides in them.

These images have no expiration date, but rather they accumulate debts over time. That is why twenty-five years later we proposed to Julio that he situate them in dialogue with other images. Specifically, we proposed that he create studio portraits, perfect, immaculate portraits, that would depict a meeting between people who connected with others via the tragedy, by means of different circumstances. An excuse to tell stories that would allow us to revisit the historic events and its consequences from the perspective of the present.

That is how this exhibition, called "TWENTY-FIVE," was born. It has been a transformational experience for all the participants, because the creative process and its fruition have given the proposal a unique identity.

Once we had identified the stories we wanted to tell, and after a long production, we brought the protagonists together. Before beginning the session, there was conversational space in which we briefly explained the project in general terms and the specificity of the photo in particular. Most importantly, it was a way to open a space for listening. These were perhaps the project's most meaningful moments.

I witnessed the way in which, during the conversations, Julio incorporated every word, every memory, every pain: he did this in absolute silence, until he himself volunteered to share his own experiences. After an hour or two, the supply of words exhausted, he moved on to the photo shoot. Menajovsky envisioned a rectangle and adjusted perspectives: he managed to include every one of the things that had been said in the image. They are powerful, symbolic indications of his own search, and the confirmation of an art of resistance in which one can scream out from silence.

Just as these photographs arise from meetings originating with the events of July 18, 1994, they also symbolize a choral experience from which everyone, on both sides of the camera, emerged transformed.

Julio Menajovsky's 38 images encompass a 25-year journey, and, far from closing a chapter, they reaffirm the road already taken: there can be no building of the present without the permanent exercise of memory, and photography is a vital instrument for this task.

Elio Kapszuk
Curator

Rosa Barreiros | Paula Cernadas

Sebastián Barreiros, el hijo de Rosa, tenía 5 años cuando murió en el atentado, la misma edad de Paula Cernadas, que vivía en el edificio frente a la AMIA y logró sobrevivir.

Rosa caminaba de la mano de su hijo rumbo al Hospital de Clínicas la mañana del 18 de julio de 1994. Sebastián estaba en la última salita del jardín. Iban jugando al veo-veo, en el tránsito de esas cuatro cuadras que separan la estación de subte y el hospital, cuando ocurrió la explosión.

Volaron varios metros y sus manos se soltaron. Rosa se levantó aturdida, lo buscó desesperada hasta que lo vio en el suelo. Lo quiso levantar y no pudo; sentía que no tenía fuerza. Un rescatista lo alzó y se lo llevó al hospital. "Esa fue la última vez que lo vi", cuenta Rosa.

Así como Sebastián, la víctima más joven del atentado, Paula también tenía 5 años en aquella mañana fatal. Vivía en el séptimo piso de un edificio frente a la AMIA. Estaba durmiendo porque eran vacaciones de invierno. Se despertó con la explosión, que partió su cama al medio.

El grito de su mamá, envuelta en sangre, la sacó de su conmoción. Le rogó que fuera a buscar a su hermano, que estaba en la otra pieza. Juntos, los dos niños—ella de 5, él de 11—, bajaron las escaleras y un grupo de bomberos los llevó al Hospital de Clínicas.

A la mamá de Paula la encontraron dos días después en un hospital. No podían dar con ella porque estaba inconsciente y sin ninguna identificación. Luego estuvo dos meses internada. Rosa, por su parte, tuvo varias operaciones durante tres años.

Paula fue creciendo y viviendo todo lo que Sebastián no pudo. Es una sobreviviente y en ella—así como en Rosa y en todos los que lograron sobrevivir—descansan las voces de los que ya no están.

Cuando se encuentran por primera vez, se toman de la mano y pierden los miedos. No pueden explicar lo que sienten. "Algo mágico", aseguran.

Sebastián Barreiros, Rosa's son, was 5 years old when he died in the attack, the same age as Paula Cernadas, who lived in the building across the street from the AMIA structure and survived.

Rosa was on her way to the Hospital de Clínicas, holding her son's hand, on that morning in 1994. Sebastián was in the last kindergarten classroom. They were playing I Spy as they walked the four blocks from the subway station to the hospital when the explosion suddenly occurred.

They flew several meters, and they let go of each other's hands. Rosa stood up, stunned. She looked desperately for her son until she saw him lying on the ground. She tried to pick him up, but couldn't; she felt her strength desert her. A rescuer gathered him up and took him to the hospital. "That was the last time I saw him," Rosa says.

Like Sebastián, the youngest victim of the attack, Paula was also 5 years old on that fatal morning. She lived on the seventh floor of a building across the street from AMIA. She was asleep because it was her winter vacation. The explosion woke her, splitting her bed in half.

The screams coming from her blood-soaked mother's mouth removed any doubt from her mind. She begged her to find her brother, who was in the other room. And there they found him. Together, the two children—she, 5 years old, he, 11—went downstairs, where a group of firefighters awaited to take them to the Hospital de Clínicas.

Paula's mother was found two days later at a hospital. No one could locate her sooner because she was unconscious and lacked identification papers. She spent two months as an in-patient. Rosa, for her part, had several operations during the next three years.

Paula grew up and lived all the experiences that Sebastián could not. She is a survivor, and in her—as well as in Rosa and in all those who lived on—reside the voices of those who are no longer with us.

When they meet for the first time, they clasp hands and lose their fears. They cannot express what they feel. "It's something magical," they assure us.



Teresa Said I Marcelo Corvalan

Cuando realizaba un homenaje para las víctimas de la AMIA, Marcelo Corvalan —músico de la banda Carajo— se enteró que había compartido parte de la escuela primaria con una de ellas. Se llamaba Marisa Said. Se conmovió tanto que le hizo una canción. En esta foto, el encuentro con su madre, Teresa.

Las casualidades no existen. En 2016, la AMIA realizó un video de la canción "La memoria" de León Gieco, como homenaje a las víctimas del atentado. Participaron cien músicos. Entre ellos estaba Marcelo Corvalan, sin saber lo que le esperaba.

El video se viralizó rápidamente. "No creo que Marcelo esté al tanto del destino de nuestra compañera", comentó alguien en Facebook. Marisa Said fue su compañera durante algo menos de dos años. Nunca volvió a retomar el contacto. Al enterarse, su recuerdo volvió de inmediato a su cabeza.

Marcelo era un poco rebelde y cambió varias veces de escuela. Una parte de sexto año y séptimo lo cursó en el turno matutino de una escuela de Villa Crespo. "Era el nuevo, estaba más tímido", rememora. Marisa fue quien le abrió las puertas al grupo. "Era muy dulce y muy buena compañera", agrega.

Al enterarse, Teresa buscó en las cosas de su hija y encontró una foto: es del viaje de egresados a Córdoba. Está Marisa, Marcelo y varios chicos más. "Con mis mejores amigos", dice en el dorso, con la letra de Marisa.

"La sonrisa de la AMIA" le decían. Marisa era la recepcionista de la institución, estudiaba Ciencias de la Educación en la UBA y tenía 22 años. Profundamente conmovido, Marcelo le compuso una canción en su memoria y se la obsequió a Teresa.

While working on a tribute to the AMIA victims, Marcelo Corvalan – a musician from the band "Carajo," realized that one of them had been a classmate of his. Her name was Marisa Said. He was so moved that he wrote a song for her. In this photo, he is shown meeting her mother, Teresa.

There are no coincidences. In 2016, AMIA created a video of León Gieco's song, "Memory," to honor the victims of the attack. One hundred musicians participated, among them Marcelo Corvalan, unaware of what awaited him.

The video quickly went viral. "I don't think Marcelo knows about what happened to our classmate," someone wrote on Facebook. Marisa Said attended school with Marcelo for a little less than two years. He never again had contact with her. When he found out, her memory came to mind immediately.

As a boy, Marcelo was something of a rebel. He changed schools a few times. For a portion of the sixth and seventh grades, he attended morning sessions at a school in Villa Crespo. "I was the new kid, a little shy," he recalls. Marisa was the one who helped him become part of a group. "She was very sweet, a very good classmate," he adds.

When she learned of all this, Teresa rummaged through her daughter's belongings and found a photograph of the class graduation trip to Córdoba. It shows Marisa, Marcelo, and several other youngsters. "With my best friends," reads the inscription on the back, in Marisa's handwriting.

"The smile of AMIA," they called her. Marisa was the institution's receptionist. She was studying Education at the Universidad de Buenos Aires and was 22 years old. Deeply moved, Marcelo wrote a song in her memory and presented it to Teresa as a gift.





Mijal Tenenbaum

Su padre, Javier Tenenbaum, murió en el atentado de la AMIA cuando ella tenía tres meses de vida. El libro que tiene en sus manos le perteneció a él. Representa las diferentes huellas que Mijal va encontrando con el tiempo para reconstruir la historia y los valores de su papá.

Javier tenía 30 años cuando murió. Era abogado y profesor. Estaba haciendo un trámite en la AMIA cuando se convirtió en víctima fatal del atentado terrorista más grande que sufrió la sociedad argentina.

"No haberlo podido conocer es un peso que llevo conmigo todos los días", confiesa Mijal, una de sus hijas. Tenía apenas tres meses cuando perdió a su papá. Con el tiempo fue aprendiendo quién era él, sus ideas, sus sueños.

Un día la contactaron por Facebook para ofrecerle algo que le iba a interesar: un diccionario de arameo que tenía, en la primera página, el nombre de su papá en hebreo, escrito con su propia letra.

Javier le había prestado este libro a una profesora cuando estudiaban juntos. Iba a terminar en una biblioteca —porque esta profesora se estaba por jubilar y quería repartir los libros que tenía— pero alguien entendió que estaría mejor en las manos de Mijal.

"El 18 de julio no solo se llevó la vida de mi papá. Se llevó la posibilidad de que nos conozcamos", confiesa. "Encontrar este libro me demostró que me voy a pasar la vida descubriéndolo. Juntando piezas de rompecabezas para tratar de formar su imagen lo mejor que pueda", cuenta.

Her father, Javier Tenenbaum, died in the AMIA attack when she was three months old. The book she holds in her hands belonged to him. It represents the different clues Mijal has found over time to reconstruct history and her dad's values.

Javier was 30 years old when he died. He was an attorney and a professor. He was working on a project at AMIA when he became another fatality of the largest terrorist attack suffered by Argentine society.

"Not having known him is a weight I carry with me every day," confesses Mijal, one of his daughters. She was barely three months old when she lost her dad. Over time she has learned who he was, his ideas, his dreams.

One day she was contacted via Facebook and told that someone had something that would be of interest to her: an Aramaic dictionary whose first page contained her dad's Hebrew name, written in his own hand.

Javier had loaned this book to a professor when they were studying together. It was supposed to end up in a library – because this professor was about to retire and wanted to donate all the books she owned – but someone understood that it would be better off in Javier's daughter's hands.

"July 18 not only took my dad's life. It also took away our possibility of ever getting to know one another," Mijal says. "Finding this book showed me that I'm going to spend my life discovering him, putting together puzzle pieces to try to form his image as best I can," she explains.



Tamara Bursuck de Scher | Marta Goldfarb

Trabajaban juntas en la AMIA. Tamara Bursuck de Scher y Marta Goldfarb son sobrevivientes del atentado. A partir de aquella tragedia formaron un vínculo y hoy son grandes amigas. “La muerte nos pasó por encima, pero hoy nos une la vida”, aseguran.

Aquella mañana fría y nublada de 1994, Tamara llegó apurada a la AMIA porque se le había hecho tarde. Estaba en el primer piso y una compañera del cuarto la invitó a tomar un café. Fue hasta la escalera y justo sonó el teléfono de su escritorio.

Era Alberto Crupnicoff, el entonces presidente de la AMIA. Le pidió que redactara una carta urgente. Estaba escribiéndola cuando ocurrió el atentado y los pisos de arriba se empezaron a desmoronar.

Ese día Marta entró a la AMIA con una sonrisa. La semana anterior había estado de vacaciones y la jornada era una especie de reencuentro con sus compañeros. Saludó a todos y llegó al segundo piso.

Al oír la explosión, se metió bajo el escritorio. Aguardó allí un buen rato hasta que salió por un patio trasero. “Miré para arriba y el edificio no estaba. Era todo cielo. Eso fue muy impresionante”, cuenta.

Al tiempo, Tamara se reincorporó a la AMIA y trabajó hasta su jubilación. “Ser sobreviviente significa vivir con un dolor permanente y el recuerdo de la gente querida que no está”, relata Marta.

A partir de esa angustia compartida se unieron y hoy son grandes amigas. En cada encuentro se abrazan y se quedan varios segundos así, entrelazadas. “Los años que tenemos son un regalo”, concluye Tamara.

They worked together at AMIA. Tamara Bursuck de Scher and Marta Goldfarb are survivors of the attack. From that tragedy they formed a bond, and today they are great friends. “Death passed over us, but today we are joined by life,” they affirm.

On that cold, cloudy morning in 1994, Tamara arrived at AMIA in a hurry because she was running late. She was on the first floor, and a colleague on the fourth floor invited her to have coffee. She walked over to the staircase, but just then her desk phone rang.

It was Alberto Crupnicoff, then president of AMIA. He asked her to write an urgent letter. She was in the process of writing it when the attack occurred and the upper floors began to collapse.

That day Marta walked into the AMIA building with a smile. She had been on vacation the week before, and this was a sort of reunion with her colleagues. She greeted everyone and went upstairs to the second floor.

When she heard the explosion, she crawled under the desk. She waited there for quite a while, until she was able to leave via a rear patio. “I looked up and the building wasn’t there. It was all sky. That was unforgettable,” she describes.

After some time, Tamara returned to AMIA, where she remained till her retirement. “Being a survivor means living with permanent pain and the memory of loved ones who are no longer here,” says Marta.

Out of that shared anguish they came together and are now great friends. Every time they meet, they hug and stand for a few seconds intertwined. “The years we have are a gift,” Tamara concludes.





Ana María Czyzewski | Gustavo y Ángel Antúnez

Ana María es la mamá de Paola Czyzewski, que tenía 21 años cuando murió en el atentado a la AMIA. Estaba en uno de los ascensores del edificio: bajaba a buscar un café que le traía Jorge Antúnez, de 18 años, que trabajaba de mozo en el bar de la esquina. Gustavo y Ángel son sus tíos, la única familia que tenía en Buenos Aires.

“Paola había pedido un café, aunque no tomaba café”, cuenta Ana María Czyzewski, quien prestaba servicios como auditora para la AMIA. El día del atentado, Paola estaba allí de casualidad: había ido a acompañar a su mamá. En una jornada normal, estaría trabajando en el estudio contable de sus padres o asistiendo a sus primeras clases de Derecho. Iba a buscar su pedido cuando la encontró la muerte.

Ana María se encontraba en el primer piso de la AMIA cuando ocurrió la tragedia. Esa parte del edificio no se desmoronó. Además de ser familiar de una víctima fatal, es una sobreviviente.

Quien llevaba ese café era Jorge Antúnez. Había venido de San Juan para vivir en Buenos Aires. Tenía 18 años y trabajaba de mozo. Vivía con Gustavo y Ángel, sus tíos. Era muy responsable y por las noches iba a la escuela nocturna.

A Jorge lo buscaron durante una semana. “Nos daban información errónea —cuenta Gustavo—; personas malintencionadas nos llamaban diciendo que lo tenían en su casa o que lo habían visto deambulando por alguna zona. Eso le ha pasado a muchos familiares de víctimas”.

Hace un tiempo Ana María viajó a San Juan y conoció a la abuela de Jorge. En ese instante, las vidas de Jorge y Paola se volvieron a tocar. Ambos son el reflejo de aquellos que siguen exigiendo justicia y que se niegan a sepultar todo en el olvido.

Ana María is the mother of Paola Czyzewski, who was 21 years old when she died in the AMIA attack. She was in the elevator, going to pick up a coffee that Jorge Antúnez, 18, who worked as a waiter at the corner bar, was about to bring her. Gustavo and Ángel are his uncles, the only family he had in Buenos Aires.

“Paola had ordered a coffee, even though she didn’t drink coffee,” says Ana María Czyzewski, her mother. The day of the attack, Paola happened to be at AMIA: she had gone there with her mom. She worked at her parents’ accounting firm and had decided to study law. She was riding the elevator downstairs to pick up her order when death found her.

Ana María was on the first floor of AMIA when the tragedy took place. That part of the building did not collapse. In addition to being a victim’s relative, she is a survivor.

The person who delivered that coffee was Jorge Antúnez. He had come to Buenos Aires from San Juan. He was 18 years old and worked as a waiter. He lived with Gustavo and Ángel, his uncles. He was very responsible and attended night school.

Jorge was found a week later. “They gave us bad information,” says Gustavo. “Mean-spirited people who phoned us saying that he was at their house or that they had seen him wandering around some neighborhood. That sort of thing happened to many of the victims’ family members.”

Some time ago Ana María traveled to San Juan and met Jorge’s grandmother. At that moment, the lives of Jorge and Paola touched again. It is the reflection of those who continue to seek justice and refuse to consign everything to oblivion.



Mirta Satz I Agustina Galarraga

Mirta Satz trabajaba en la AMIA en el momento de la explosión: es una sobreviviente. Agustina Galarraga perdió a su tío en el atentado cuando tenía 12 años. Su vínculo no se agota en la tragedia: ambas encontraron en el arte un medio para expresar algo genuino sobre lo que les sucedió.

Mirta estaba trabajando en el segundo piso del edificio. Ni bien entendió el peligro, empezó a correr mientras todo se venía abajo. Logró llegar a la terraza y vio una postal impactante: "Los helicópteros nos sobrevolaban. Se veían los edificios caídos como un castillo de naipes. La gente gritaba desesperada".

Guillermo Galarraga tenía una imprenta frente al edificio de la AMIA. Agustina, su sobrina, tenía 12 años y aún recuerda esa mañana: las imágenes en la televisión, la desesperación inundando intempestivamente su casa.

Sus historias no se unen solo por la tragedia, sino también por el camino que encontraron para canalizar la tristeza, fortalecer la memoria y reflexionar sobre lo sucedido: el arte.

"El arte estuvo siempre en mi vida", dice Mirta. De chiquita tocaba la guitarra, escribía, dibujaba, leía. Luego del atentado se aferró al dibujo, la pintura, la escritura y la música; en un punto decidió dedicarse exclusivamente a eso y creó la Escuela de Arte Inclán.

"Las dos estamos en un mismo camino, el de la búsqueda de la belleza, y a veces la expresión del dolor y la belleza se juntan", explica Mirta.

Agustina estaba en la Universidad de las Artes cuando decidió trabajar sobre la memoria. Ha realizado numerosas instalaciones. "Al principio fue una manera de catarsis, luego lo tomé como una forma de hacer evidente el reclamo de justicia y de no olvidar lo que pasó", concluye.

Mirta Satz was working at AMIA at the time of the explosion; she is a survivor. Agustina Galarraga lost her uncle in the attack when she was 12 years old. What connects them is art: there both of them found a way to channel sadness and strengthen memory.

Mirta was working at AMIA, on the second floor. As soon as she understood that her life was in danger, she started to run as everything was collapsing around her. She managed to reach the terrace, where she saw an unforgettable scene: "Helicopters were flying overhead. You could see the fallen buildings, like a house of cards. People were screaming desperately."

Guillermo Galarraga had a press across the street from the AMIA building. Agustina, his niece, was 12 years old and still remembers that morning: the images on TV, desperation suddenly flooding her home.

Both stories are connected, not only by tragedy, but also by the way they found in which to channel their sadness, strengthen their memory, and reflect on what took place: art.

"Art has always been in my life," Mirta says. Even as a young girl I played the guitar, wrote, drew, read. After the attack, she emphasized drawing, painting, writing, and music. She decided to devote herself exclusively to those activities and created the Escuela de Arte Inclán.

The two of us are on the same path, the search for beauty, and sometimes beauty and the expression of pain intersect," Mirta explains.

Agustina was at the Universidad de las Artes when she decided to work on memory. She has had numerous installations. "At first it was a kind of catharsis; then I understood it as a way to highlight the call for justice and not to forget what happened," she concludes.





Martín Cano I Fernando Souto

Cuando explotó la bomba, Martín Cano estaba en el subsuelo del edificio. Estuvo 12 horas atrapado entre los escombros sin poder moverse. Fernando fue uno de los bomberos que lo contuvo, le dio fuerzas y finalmente logró rescatarlo.

Martín tenía 20 años cuando despertó aquella mañana de 1994. Aún era de noche. Tras dos horas de viaje, llegó a la AMIA. Trabajaba de mozo. Repartió cafés por el edificio junto a Jacobo "Cacho" Chemaue, de 56 años, y se dirigió al subsuelo —en donde funcionaba una cocina provisoria por refacciones— a lavar las tazas. Entonces ocurrió el atentado.

Quedó atrapado entre los escombros, al igual que su compañero Cacho. Solo podía mover una mano, que fue con la que intentó cubrirse como pudo. "Estaba todo oscuro y hacía mucho frío", recuerda. Inmóvil y al borde de la asfixia, solo le restaba esperar. Horas y horas de desesperación hasta que oyó una voz a lo lejos: un bombero que lo venía a socorrer.

Fernando, el instructor del grupo de rescate, recuerda dos momentos críticos. El primero, cuando se llenó de agua el subsuelo y Martín casi muere ahogado. El segundo, cuando se empezó a derrumbar la parte externa y los bomberos tuvieron que salir. Le dejaron una linterna y prometieron volver.

En ese momento Martín pensó que todo se terminaba. Cacho le decía que no alojara, que pensara en su familia. Hacía tres meses que Martín se había convertido en padre. Y cuando creía que todo estaba perdido, otra vez la voz de Fernando atravesó la oscuridad.

Como no se veía nada, para Martín era una voz sin rostro, sin embargo en ella se apoyaba para no dejarse vencer. Finalmente, tras 12 horas de encierro, lograron rescatarlo. Y sobrevivió. Cacho no tuvo la misma suerte: murió tres días después en una sala del Hospital de Clínicas.

Hoy Martín sigue trabajando en la AMIA. "A veces me preguntan cómo estoy tan entero", dice mientras muestra su mano, la misma con la que se cubrió cuando las paredes se le vinieron encima, y la que usa para indicar la cantidad de hijos que tiene: cinco, y además cuatro nietos.

When the bomb exploded, Martín Cano was in the basement of the building. He was trapped in the rubble for 12 hours, unable to move. Fernando was one of the firefighters who contained the blaze; it gave him strength, and finally he managed to rescue him.

Martín was 20 years old when he awoke that morning in 1994. It was still dark outside. After two hours of travel, he arrived at AMIA. He worked there as a waiter. He delivered coffee throughout the building together with Jacobo "Cacho" Chemaue, 56. He headed for the basement – a temporary kitchen used during remodeling – to wash the dishes. That was when the attack occurred.

He was trapped in the rubble. He could move only one hand, which was what he used to cover himself. Everything was dark, and it was very cold," he recalls. Motionless and nearly suffocating, he could do nothing but wait. Hours and hours of desperation, till he heard a voice in the distance: a firefighter who had come to rescue him.

Fernando, the instructor of the rescue group, recalls the critical moments. The first was when the basement flooded and Martín nearly drowned. The second, when the outside section began to collapse and the firefighters had to evacuate. They left him a flashlight, promising to return.

At that moment, Martín thought it was all over. His companion, Cacho, urged him not to give up, to think about his family. Martín had become a father just three months before. And when everything seemed hopeless, Fernando's voice once again penetrated the darkness.

Since he couldn't see a thing, for Martín it was a faceless voice; however, it was what he clung to so as not to lose hope. Finally, after 12 hours of confinement, they succeeded in rescuing him. And he survived. Cacho was not so lucky. He died three days later at the Hospital de Clínicas.

Martín continues to work at AMIA today. "Sometimes people ask me how I can be so together," he says, using his hand, that same hand with which he covered himself when the walls came tumbling down on him, to count the number of children he has: five, with four grandchildren, besides.



Ester Szwarc | Silvia Cryan | Débora Wolosky | Leandro Castiglioni | Demián Szmulewicz | Yael Szmulewicz | Diego Rybka | Solange Bonfil | Sheila Loy

Cuando ocurrió el atentado, cientos de miles de libros, documentos y archivos originales quedaron bajo los escombros. Ester Szwarc armó espontáneamente una red de voluntarios —en total participaron 800 chicos— para rescatar todo ese material histórico: salvaron 60 mil volúmenes.

Dentro de la AMIA, el patrimonio cultural era inmenso. En el tercer y cuarto piso funcionaba la Fundación IWO, que atesoraba una gran variedad de textos, algunos en su versión original, y también colecciones de arte, discos y pinturas. Con el atentado, todo estuvo a punto de perderse bajo los escombros.

Ester Szwarc era docente y trabajaba en IWO. Cuando vio por televisión los libros entre las ruinas, se propuso salvar todo lo que pudiera. Pero no podía hacerlo sola, entonces acudió a sus alumnos: “Levanté el tubo y les dije: chicos, los necesito”.

Armó una red de voluntarios de entre 15 y 20 años que se fue extendiendo rápidamente. Cada día, en jornadas extensas de trabajo, iban a ayudar a recuperar el material atrapado, lo almacenaban y lo clasificaban: “Lo primero que sacamos fue un rollo de la Torá”.

Ester recuerda la voluntad de cada uno de estos 800 jóvenes. Con frío, de noche, ahí estaban para dar una mano. Y ahora, de nuevo juntos para este retrato, pueden tomar conciencia de la importancia de su tarea frente a la tragedia.

“No fue para nosotros, fue para las generaciones futuras. Por la memoria del pasado, la conciencia del presente y la esperanza del futuro”, concluye Ester.

When the attack took place, hundreds of thousands of books, documents, and original files were left in the rubble. Ester Szwarc spontaneously formed a network of volunteers – 600 young people in all – to salvage all that historical material. 60,000 books were saved.

AMIA's cultural patrimony was immense. The third and fourth floors were occupied by the IWO Foundation, which preserved books, art collections, records, paintings, and original files. After the attack, all of this was at risk of becoming lost beneath the rubble.

Ester Szwarc was a docent for the IWO. When she turned on her TV and saw the books among the ruins, she determined to save as many as she could. But she couldn't do it alone, so she recruited her students: "I picked up the phone and said: 'Kids, I need you.'"

She formed a network of volunteers that kept growing. Every day, youngsters between 15 and 20 years of age were enlisted to help remove the trapped material and to classify and store it. "The first thing we pulled out was a scroll of the Torah," she recalls.

Ester remembers the good will of every one of the 600 children. Through the long, cold nights, there they were, ready to lend a hand. And now, together again for this portrait, they realize the importance of what they accomplished.

"It wasn't for us; it was for future generations. For our memory of the past, awareness of the present, and hope for the future," Ester concludes.





Florentino Sanguinetti | Alberto Crescenti

En el momento del atentado, Florentino Sanguinetti dirigía el Hospital de Clínicas y Alberto Crescenti era el titular del Sistema de Atención Médica de Emergencias (SAME). Juntos representan la mejor expresión de solidaridad que ofreció la sociedad frente a la tragedia, la cual los marcaría a ambos para el resto de su vida personal y profesional.

Florentino Sanguinetti escuchó la explosión porque estaba en su lugar de trabajo, ubicado a unas pocas cuadras de la AMIA. De inmediato empezó a llegar la caravana de heridos, transportados no solo sobre camillas, sino también sobre puertas, ventanas y tableros.

Él dio la orden para que se abrieran todas las entradas del Hospital de Clínicas y se suspendieran las tareas programadas que aún no habían empezado. Desde ese momento, se presentó cada hora en el Aula Magna para dar un informe sobre la situación general y sobre el estado y ubicación de los pacientes.

Por su parte, Alberto Crescenti fue el encargado de emitir la señal de alerta roja para que todas las ambulancias se dirigieran al lugar, así como el personal completo del SAME —estuviera de guardia o no—, y para que cada hospital dejara por lo menos cincuenta camas disponibles.

Cuando llegó al lugar de los hechos no podía creer lo que pasaba: "Perdí la noción del espacio porque veía escombros y gente herida donde antes había un edificio".

De los pacientes que ingresaban, muchos debieron ser operados. Otros no sobrevivieron. "Tuve en mis brazos al niño que murió —se refiere a Sebastián Barreiros, de cinco años de edad—; es algo insoportable que excede cualquier posibilidad de entendimiento", recuerda Sanguinetti.

Ambos representan la capacidad profesional y el compromiso humanitario de decenas de trabajadores de la salud que se dedicaron incansablemente a cumplir la misión de salvar vidas. Ellos son, de alguna manera, el rostro de todo lo que el terrorismo no pudo destruir.

At the time of the attack, Florentino Sanguinetti was the director of the Hospital de Clínicas, and Alberto Crescenti was the head of the Emergency Medical Attention System (SAME). Together they represent the finest expression of solidarity that society has ever offered in the face of a tragedy that marked them forever.

Florentino Sanguinetti heard the explosion at his workplace, a few blocks away from AMIA headquarters. Soon thereafter, the caravan of wounded – on stretchers, doors, windows, and boards – began to arrive.

He ordered all the doors of the Hospital de Clínicas opened and suspended all scheduled tasks that had not yet begun. Every hour he went to the main auditorium to report on the general situation and the patients' whereabouts.

At the same time, Alberto Crescenti issued the red alert for all ambulances to be diverted to the location, along with all personnel – whether on duty or not – and for every hospital to make at least 50 beds available.

When he arrived on the scene, he could not believe what was happening. "I lost my spatial orientation because I saw debris and injured people where a building once had stood."

Of the patients who were admitted, many required surgery. Others did not survive". "I held a little boy in my arms; he later died. It's something unbearable that exceeds all understanding," Sanguinetti recalls.

Both men embody the professional skill and human commitment of dozens of health workers who tirelessly devoted themselves to fulfill the mission of saving lives. They are, in a way, the face of everything terrorism could not destroy.



Lily Epelbaum Izcovich I Gaston, Gabriel y Matías Ritter

La mamá de Gaston, Gabriel y Matías Ritter murió en el atentado. Lily Epelbaum Izcovich sintió que no podía dejarlos solos. Los acompañó y ayudó durante el primer tiempo. Juntos desarrollaron un vínculo amoroso y familiar.

Lily Epelbaum Izcovich llegó a la AMIA desesperada buscando a Anita, su hermana, que trabajaba en la institución y pudo salvarse porque se encontraba en la parte trasera del edificio.

Mirta Strier tenía 42 años, trabajaba en el Centro de Documentación e Información sobre Judaísmo Argentino de AMIA. Tenía tres hijos —Gaston de 16, Gabriel de 17 y Matías de 11— y los criaba sola porque su exesposo los había abandonado. Murió en el atentado. La encontraron una semana después bajo los escombros.

Lily conocía a Mirta, habían hablado muchas veces porque tenían algo en común: tres hijos de edades similares. Al enterarse de la situación, se conmovió y algo en ella se encendió. Casi como si fueran sus propios hijos, los ayudó en todo lo que estuvo a su alcance.

Se ocupó de encontrarles una psicóloga que los acompañara y los contuviera. Comenzó a tomarse todas las semanas un remis para pasarlos a buscar y acompañarlos al consultorio, donde los esperaba para luego llevarlos de vuelta a la casa. Generalmente los sábados los pasaban juntos: almorzaban, jugaban con los hijos de Lily, iban a la plaza, a veces al cine.

"Nos ayudó a salir de la locura. Se armó un vínculo hermoso", cuenta Gaston, que hoy es psicólogo, igual que Lily. "Es algo inolvidable", comenta ella.

Los cuatro protagonistas de esta historia no pueden evitar emocionarse con el reencuentro. Es la prueba cabal de que, incluso en los momentos más trágicos, el amor y la solidaridad nunca desaparecen.

The mother of Gaston, Gabriel, and Matías Ritter died in the attack. Lily Epelbaum Izcovich felt that she couldn't abandon them. She remained close and helped them during the early days. Together they developed a loving family bond.

Lily Epelbaum Izcovich arrived at AMIA desperately looking for her sister Anita, who worked at the institution and was saved because she was in the rear section of the building.

Mirta Strier was 42 years old and worked at AMIA's Center for Documentation and Information on Argentine Judaism. She had three sons - Gaston, 16; Gabriel, 17; and Matías, 11 - and she was bringing them up herself because her ex-husband had abandoned them. She died in the attack. She was found one week later in the ruins.

Lily knew Mirta. They had spoken many times because they had something in common: three sons of similar ages. When she learned of Mirta's situation, she was moved, and something within her was ignited. Almost as if they were her own children, she helped them with everything she could.

She found them a psychologist to be with them and keep them within bounds. She took a private car every week to pick them up, take them to the psychologist's office, wait for them, and accompany them back home. They spent most Saturdays together. They had lunch, played with Lily's children, went to the mall, sometimes to the movies.

"She helped us emerge from madness. We formed a beautiful bond, says Gaston, today a psychologist like Lily. "It's something we can't forget," Lily remarks.

The four subjects of this story can't help becoming emotional when they get together. It's proof positive that, even at the most tragic moments, love and solidarity never disappear.





Dora Band | Adrián Furman

Dora Band y Adrián Furman trabajaban en la AMIA cuando ocurrió el atentado. Ambos perdieron a dos seres muy queridos: Dora a Naum, su esposo, que estaba en la parte de vigilancia; y Adrián a Fabián, su hermano, que trabajaba en el departamento de sepelios.

"Nos mirábamos y ya nos entendíamos", cuentan. Dora y Adrián se conocen desde hace mucho tiempo. "Hay un vínculo en la tragedia", aseguran.

Los une el dolor. Un dolor muy intenso porque no solo son sobrevivientes, sino que también cargan con una ausencia imborrable desde aquella mañana de julio de 1994.

Adrián perdió a su hermano Fabián. Minutos antes de las 9:53, habían compartido un café en el sector del edificio donde se desempeñaba Fabián. Se había casado poco tiempo atrás, tenía 30 años y manejaba un taxi en los momentos en que no estaba en la AMIA.

Dora extraña todos los días a su marido. Naum trabajaba en el área de vigilancia y sus compañeros cuentan que siempre tenía un mate listo para convidar. Murió a los 55 años. Dora se salvó y siguió trabajando en la AMIA, el lugar al que consideraba su segunda casa, hasta su jubilación.

El ataque terrorista les arrebató a dos de sus seres más queridos y a un hermoso grupo de amigos que compartían. "Vivenciamos lo mismo. Ni siquiera tenemos que hablar, con mirarnos a los ojos alcanza", dice Adrián. "Vivimos muchas cosas imposibles de olvidar. La verdad es que Adrián es un chico al que quiero muchísimo", confiesa Dora.

Dora Band and Adrián Furman were employed at AMIA when the attack took place. Both lost loved ones. Dora lost Naum, her husband, who was in the Security Division, and Adrián lost his brother Fabián, who worked in the Burial Department.

"We looked at one another and we understood," they explain. Dora and Adrián have known each other for a long time. "We are connected by the tragedy," they insist.

They are united by pain, a very intense pain, because not only are they survivors, but ever since that morning in 1994, they also carry with them an indelible absence.

Just minutes before 9:53, Adrián and Fabián had shared coffee in the area of the building where Fabián worked. He was newly married, was 30 years old, and when he wasn't at AMIA, he drove a taxi.

Dora misses her husband every day. Naum worked in the Security Division, and his colleagues relate that he always had a mate ready to offer. He was 55 when he died. Dora was spared and continued to work at AMIA, the place she thought of as a second home, until her retirement.

The terrorist attack robbed them of two of their dearest loved ones as well as a beloved group of mutual friends. "We have experienced the same thing. We don't even have to talk: It's enough just to look in one another's eyes," Adrián says. "We've been through things that are impossible to describe. The truth is, I love that boy Adrián so much," Dora admits.



Ramón Pared I Miguel Rausch

Ramón Pared y Miguel Rausch trabajaban en la AMIA en 1994—uno en el sector de seguridad, el otro en el de compras—, pero por diferentes motivos ambos faltaron aquella mañana trágica del 18 de julio.

De haber seguido el itinerario de sus jornadas laborales, ellos habrían estado en la AMIA cuando ocurrió el atentado.

Ramón trabajaba en la seguridad del edificio. Su horario era de 14 a 22, pero ese día había cambiado el turno y tenía que ir a la mañana a reemplazar a una compañera que entraba de vacaciones. Cuando se despertó se sintió muy cansado, más de lo habitual, y decidió no ir. Le dijo a su mujer: "No me voy a hacer ni más rico ni más pobre por faltar una vez".

Ramón cree que fue el destino, pero enseguida comenta con tristeza: "Yo me pude salvar, mis compañeros no". Hoy sigue trabajando en la AMIA.

En aquella mañana fatal, Miguel tenía 25 años y era cadete de compras. La noche anterior se había juntado con unos amigos de la primaria que hacía mucho no veía. "Mañana no voy a ir", les había dicho en broma. Lo cierto es que ese día había una auditoría. "Iba a ser un dolor de cabeza", recuerda a la distancia.

Todavía estaba un poco dormido cuando le dijo a su hermano, que lo había ido a despertar, que finalmente no iría a trabajar. "Y la siguiente vez que me desperté ya había explotado", cuenta.

Ramón y Miguel sienten una especie de suerte compartida. "Fue muy movilizante", dicen ambos en el reencuentro. Por algún motivo —imposible de explicar desde las palabras— se salvaron.

Ramón Pared and Miguel Rausch were working at AMIA in 1994 – one in the Security division, the other in Purchasing – but for various reasons both of them were absent on that tragic morning of July 18.

They were supposed to have been at AMIA when the attack occurred. But they weren't there, and they were spared.

Ramón worked in building security. His shift was from 2 to 10 PM, but that day he had exchanged hours and was to report in the morning to replace a colleague who was leaving on vacation. When he awoke that morning, he felt very tired, more than usual, and decided not to go. He told his wife, "Missing one day won't make me richer or poorer."

Ramón believes it was destiny, but then he comments sadly, "I was saved, but my co-workers weren't. He continues to work at AMIA today.

On that fatal morning, Miguel was 25 years old and was a buyer. The night before he had gotten together with a group of friends from elementary school whom he hadn't seen in a long time. "I'm not going to work tomorrow," he joked with them. The fact is, there was going to be an audit that day. "It promised to be a headache," he remembers thinking.

He was still a little sleepy when he told his brother, who had come in to rouse him, that he wasn't going to work after all. "And the next time he woke me, it had already exploded," he adds.

Ramón and Miguel feel that they share a kind of good fortune. "It was very motivating," they both agree at their reunion. For some reason – impossible to explain in words – they were spared.





Sofía Guterman I Sergio Knorpel

Sofía Guterman perdió a su hija Andrea en el atentado. Sergio Knorpel a León, su padre. En medio de la desolación y la tristeza, se unieron, se contuvieron y formaron un vínculo de apoyo mutuo.

"Siempre es muy emotivo volver a encontrarnos", coinciden Sofía y Sergio, protagonistas de dos historias que se unieron a partir del dolor común.

La hija de Sofía se llamaba Andrea y tenía 28 años cuando el atentado terrorista acabó con su vida. Era maestra jardinera en la guardería de una empresa estatal que, al privatizarse, la dejó sin trabajo. Ese lunes esperaba en la bolsa de empleo de la AMIA, al igual que León, el padre de Sergio.

"Nos conocimos dando vueltas por la morgue, buscando novedades", cuenta Sergio. Al momento del atentado, tenía 18 años. Sofía lo vio angustiado y se acercó a ayudarlo. Su esposo y León habían trabajado juntos en una compañía de seguros y eso sirvió como una excusa más para sentarse a dialogar.

Aún hoy se siguen viendo, llamando, tomando un café cada tanto. Viven en Villa Crespo y el barrio siempre propicia un encuentro. Han formado un duradero vínculo afectivo de contención.

"Cuando la mamá me dijo que estaba muy mal anímicamente, me acerqué a él. A partir de ese momento estuvimos siempre juntos", relata Sofía. Ella pasa gran parte de su tiempo recorriendo escuelas, ciudades y países para contar lo que pasó, sembrar conciencia y difundir la consigna: "No hay verdad sin justicia".

Al día siguiente de este retrato, Sergio le mandó un mensaje a su celular: "Gracias por compartir la foto conmigo".

Sofía Guterman lost her daughter Andrea in the attack; Sergio Knorpel lost León, his father. In the midst of desolation and grief, they came together, consoled one another, and formed a link of mutual support.

"It's always very emotional when we get together," agree Sofía and Sergio, the protagonists of two stories that become one through shared pain.

Sofía's daughter, Andrea, was 28 years old when the terrorist attack put an end to her life. She had been a kindergarten teacher at a state school that became privatized, leaving her jobless. That Monday she was waiting at the AMIA employment office, just like León, Sergio's father.

"We met as we were walking around the morgue, waiting for news," says Sergio, who at the time of the attack was 18 years old. Sofía saw him looking anguished, and approached him, trying to help. Her husband and León had worked together at an insurance company, one more reason to sit down and talk.

They still connect today through phone calls or the occasional coffee date. They live in Villa Crespo, and they frequently cross paths in the neighborhood. They are joined by an affectionate bond that they still maintain.

"When his mother told me that his spirits were very low, I went over to him. Since then we've always been together," says Sofía, who spends a great deal of time visiting schools, cities, and other countries to talk about what happened, to raise consciousness, and to explain that there is no truth without justice.

The day after this photographic portrait was taken, Sergio sent her a voice mail: "Thanks for sharing the photo with me."



Juan Carlos Lombardi | Alejandro Mirochnik

Alejandro Mirochnik trabajaba en la AMIA cuando explotó la bomba y quedó atrapado en uno de los ascensores durante 9 horas. Quien lo encontró y alertó a los bomberos fue Lupo, el perro de Juan Carlos Lombardi, una de las muchas personas que se habían presentado espontáneamente a ayudar.

Alejandro Mirochnik se enteró de todo cuando logró salir. Al momento de la explosión, estaba en el ascensor. Pensó que se había roto. Nunca tomó dimensión de lo que estaba sucediendo. Sin embargo, su desesperación no era menor. Al caer varios pisos, se fracturó la pierna. Gritaba, pedía auxilio, pero nadie lo escuchaba.

Juan Carlos Lombardi estaba trabajando en una joyería en la calle Libertad. En Italia, donde había vivido, aprendió a adiestrar perros para rescate en terremotos y desastres naturales. Al enterarse del atentado, fue con su perro a colaborar.

Lupo ladró y ladró hasta que los rescatistas le hicieron caso. Localizó cinco personas con vida. Una de ellas era Alejandro, que estaba en el sótano, 5 metros bajo tierra, atrapado en el ascensor.

"Solo escuchaba ruidos, hasta que de pronto veo una luz...", recuerda. Los bomberos hicieron un agujero y le alcanzaron una manguera de oxígeno y agua. A las 7 de la tarde, luego de un gran esfuerzo de rescate, lograron sacarlo con una soga.

A partir de esa experiencia, Juan Carlos creó una escuela de adiestramiento canino para salvatajes en catástrofes, representada por el perro que lo acompañó para este retrato.

Como consecuencia del atentado, Alejandro sufrió quebradura de tibia, peroné y astrágalo. "Un dolor terrible", recuerda. Era maratonista, campeón argentino de triatlón, y con esta lesión —que le dejó una leve renguera— le aseguraron que le sería imposible volver a competir. Sin embargo, con mucha voluntad, se recuperó y hoy sigue corriendo.

Alejandro Mirochnik was working at AMIA when the bomb exploded. He was trapped in the elevator for 9 hours and was discovered by Lupo, a dog belonging to Juan Carlos Lombardi, who showed up voluntarily to help. Lupo alerted the firefighters to the fact that there was a living person there.

Alejandro Mirochnik learned the whole story when he managed to get out. At the time of the explosion, he was in the elevator. Never fully aware of the scope of what was happening, he thought there had been a mechanical breakdown. However, his desperation was no less great; he fell several floors and broke his leg. He shouted, calling for help, but no one heard him.

Juan Carlos Lombardi was working in a jewelry store on Calle Libertad. In Italy he had trained rescue dogs to deal with earthquakes and other natural disasters. When he heard about the attack, he went to assist with his dog.

Lupo barked and barked until the rescuers heeded him. He located five living people. One of them was Alejandro, trapped in the elevator 5 meters underground, in the basement.

"I only heard noises, until suddenly I saw a light..." he recalls. The firefighters made a hole through which they passed him an oxygen hose and water. At 7:00 PM, after a tremendous rescue effort, they managed to pull him out using a rope.

After this experience, Juan Carlos established a canine training school for rescue work during catastrophes, as represented by the dog who accompanies him in this portrait.

Alejandro suffered fractures of the tibia, fibula, and ankle bone. "Terribly painful," he recalls. He had been a marathoner and a triathlon champion in Argentina, and after this injury - which left him with a slight limp - it seemed like he would never be able to compete again. Nevertheless, with great determination, he has recovered and continues to run today.





Humberto Chiesa I Daniel D’Osvaldo

Cuando ocurrió el atentado, Humberto Chiesa estaba dentro de su negocio, ubicado frente a la AMIA. Sufrió heridas gravísimas, entre otras la fractura de su cráneo; el doctor Daniel D’Osvaldo fue quien se lo “reconstruyó”.

Pasteur al 630. Justo ahí estaba Humberto Chiesa, en la imprenta “Chiesa & Galarraga”, cuando la Trafic se incrustó en el edificio y explotó. La onda expansiva arrasó todo lo que había alrededor, incluido su local, asesinando a su socio, Guillermo Galarraga, y a Favio Enrique Bermúdez, que trabajaba junto a ellos.

A Humberto lo rescataron debajo de los escombros. ¿Qué pasó después? No tiene recuerdos. Se despertó en el Hospital de Clínicas luego de treinta días en coma.

Entre su mujer, el psiquiatra y algunos profesionales le empezaron a contar lentamente lo que había ocurrido. No entendía muy bien hasta que fue al baño y se miró al espejo. “Me encontré con mi cara y...no fue fácil”, cuenta Humberto.

Cuando le realizaron la cirugía maxilofacial por las lesiones en la cara, la operación se complicó porque se le había formado un coágulo dentro del cráneo. Y allí estaba el Dr. D’Osvaldo, cirujano del Hospital de Clínicas, en el momento indicado. Intervino para ayudar, y desde entonces estuvo siempre cerca de Humberto.

Fue él quien le colocó la prótesis en la cabeza. “Así como reconstruyeron el edificio de la AMIA, el doctor me reconstruyó el cráneo”, asegura Humberto.

La recuperación fue larga, pero finalmente salió adelante. Hoy puede caminar y seguir trabajando: “¿Cómo la medicina pudo comprometerse tanto con este hecho y la justicia no?”, se pregunta. Aún no tiene respuestas.

When the attack took place, Humberto Chiesa was in his store across the street from the AMIA building. He sustained extremely grave injuries, including a fractured skull. Dr. Daniel D’Osvaldo was the one who “rebuilt” him.

Pasteur 630. Right opposite the AMIA building was Humberto Chiesa, at the “Chiesa & Galarraga Print Shop, when the Trafic van slammed into the building and exploded. The shock wave razed everything around it, including Humberto’s place of business, killing his partner, Guillermo Galarraga, and Favio Enrique Bermúdez, who worked with them.

Humberto was removed from beneath a pile of rubble. What happened then? There are no memories. He awoke at the Hospital de Clínicas after 30 days in a coma.

His wife, the psychiatrist, and other medical professionals began to tell him gradually what had occurred. He didn’t understand much until he went to the bathroom and saw his reflection in the mirror: “I was confronted with my face... and it wasn’t easy,” Humberto says.

There were complications to his maxillofacial surgery when Humberto developed a blood clot in his brain. Dr. D’Osvaldo, a surgeon at the Hospital de Clínicas, appeared at just the right moment. He joined the surgical team to help out, and ever since then he has remained at Humberto’s side.

It was he who placed the prosthesis on his head. “Just as they rebuilt the AMIA building, the doctor reconstructed my head,” Humberto explains.

His recovery was lengthy, but at last he began to heal. Today he can walk and continues to work. “Why was medicine able to make such a commitment to this event and justice cannot?” he wonders. There are still no answers.



Marina y Gustavo Degtiar | Jonathan y Gustavo Averbuch

Marina y Gustavo son hermanos de Cristian Degtiar, que tenía 21 años cuando murió en el atentado. Lo encontraron dos días después entre los escombros. Jonathan y Gustavo Averbuch son los hermanos menores de Yanina, que tenía 20 cuando la bomba contra la AMIA le quitó la vida: su cuerpo fue hallado a los cinco días. En la durísima espera por novedades, estos cuatro hermanos se conocieron.

Los días que siguieron al 18 de julio de 1994, AMIA comenzó a funcionar nuevamente en un edificio sobre la calle Ayacucho. Allí se reunieron las familias que aguardaban noticias sobre sus seres queridos aún desaparecidos. Tomados de la mano, rogaban que aparecieran con vida.

Cristian Degtiar estudiaba Derecho, jugaba al fútbol en el Club CASA y escribía literatura. Esa mañana no tenía que estar ahí, porque su turno laboral era el de la tarde. Lamentablemente le tocó ir para una reunión. Sus dos hermanos se enteraron escuchando la radio. Marina estaba en la oficina de su trabajo; Gustavo, en el auto.

Yanina Averbuch era secretaria ejecutiva y trabajaba en el Servicio Social de la AMIA. Estudiaba Traductorado de Inglés y Derecho, como Cristian. Hallaron su cuerpo abrazado a una compañera de trabajo, Marta Treibman.

Yanina también tenía dos hermanos: Jonathan y Gustavo. "Nos enteramos —cuentan— cuando mi mamá entró gritando a nuestra habitación. Lo había escuchado en la radio. Se fue para la AMIA en un taxi y nosotros nos quedamos pegados a la tele durante varios días".

Después de 25 años vuelven a repasar la historia de estas ausencias irremplazables. Evocan los momentos compartidos y los recuerdos que se encargan de relatar a las nuevas generaciones de la familia. "Hablamos en un mismo idioma", aseguran.

Marina and Gustavo are the siblings of Cristian Degtiar, who was 21 years old when he died in the attack. He was found in the rubble two days later. Jonathan and Gustavo Averbuch are the younger brothers of Yanina, who was 20 when AMIA exploded. Her body was discovered five days later. The four siblings met while they were waiting for news.

In the days following the 18th of July, 1994, AMIA began to function again in a building on calle Ayacucho. There, families gathered to await word of their still-missing loved ones. Holding hands, they prayed for them to turn up alive.

Cristian Degtiar studied law, played soccer at the CASA Club, and wrote literature. That morning he didn't need to be there because he had the afternoon shift at work. He just had a meeting. His two brothers found out while listening to the radio. Marina was at work, in her office; Gustavo was in the car.

Yanina Averbuch was an executive secretary who worked with AMIA Social Services. She studied English translation and law, like Cristian. Her body was found embracing a colleague, Marta Treibman.

Yanina also had two brothers: Jonathan and Gustavo. "We found out"—they say—when my mom came into our room screaming. She heard it on the radio. She took a taxi to AMIA, and we were glued to the TV for several days."

After 25 years they once more go over the story of those irreplaceable absences. They recall shared moments and memories, which they relate to the new generations of their families. "We speak the same language," they add.





Karina Bolan I Pedro Ferraina

Romina Bolan tenía 19 años cuando murió en el atentado. Caminaba por la vereda de la calle Pasteur, en dirección a la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA. Llegó al Hospital de Clínicas con heridas gravísimas y finalmente falleció. La operó el Dr. Pedro Ferraina. En esta foto, se encuentra con Karina, la hermana.

Esta es una historia muy triste. Cuando el coche bomba se incrustó en el edificio de la AMIA haciendo explotar todo a su alrededor, Romina Bolan justo pasaba por la puerta.

Ese lunes había pedido permiso en el banco donde trabajaba como recepcionista, para poder ir a la Facultad de Ciencias Económicas. Tenía que inscribirse en las materias.

Quienes la vieron llegar al Hospital de Clínicas cuentan que dijo: "Estoy bien, llamen a mis padres". Es algo que aún nadie se puede explicar. Al revisarla, tenía heridas muy importantes y un traumatismo sumamente grave.

La recibió el Dr. Pedro Ferraina, que la recuerda como si la hubiese tratado ayer. Murió en el quirófano cuando intentaban salvarle la vida. Los médicos y enfermeras que estuvieron allí no pudieron evitar llorar. Romina tenía apenas 19 años.

"Nos conmovió mucho, es muy difícil que uno puede sacarse eso de la memoria", cuenta el doctor.

Karina Bolan es la hermana de Romina y tiene una vida marcada por diferentes tragedias. Encontrarse con el Dr. Ferraina es una manera de valorar el esfuerzo profesional y humano que se realizó ese día y los siguientes para salvar la mayor cantidad de vidas posible. Su dolor sigue sin encontrar consuelo, pero por primera vez alcanza una dosis de sosiego. "Me sorprendió mucho su presencia, me calmó", confiesa.

Romina Bolan was 19 years old when she died in the attack. She was walking through the door, on her way to register at the College of Economic Sciences. She was admitted to the Hospital de Clínicas with very serious injuries, and she eventually died. Dr. Pedro Ferraina operated on her. In this photograph she is seen with her sister Karina.

This is a very sad story. When the car bomb lodged in the AMIA building, causing everything around it to explode, Romina Bolan was right there.

That Monday she had requested the day off at the bank where she worked as a receptionist in order to enroll in classes at the College of Economic Sciences.

Those who saw her arrive at the Hospital de Clínicas report that she said, "I'm all right. Call my parents." This is something no one can explain. On examination she was found to have life-threatening injuries and extremely severe trauma.

Dr. Pedro Ferraina admitted her. He remembers her as if it were yesterday. She died in the operating room as they were attempting to save her life. The doctors and nurses in attendance could not help crying. Romina was just 19 years old.

"It moved us greatly, it's very hard to get it out of your memory," the doctor relates.

Karina Bolan is Romina's sister. Her life has been marked by many tragedies. Meeting Dr. Ferraina helped her understand the human and professional efforts that were expended that day and in the following days to save the greatest possible number of lives. Her pain is still inconsolable, but for the first time she has attained a modicum of comfort. "His demeanor surprised me; it calmed me," she affirms.



Cecilia Jesús Löwer | Hugo Martin

En 2016 se descubrió que la víctima 85 del atentado a la AMIA se llamaba Augusto Daniel Jesús. No había fotos de él y por eso el periodista Hugo Martin, que estaba investigando el caso, publicó una nota titulada “El muerto sin rostro”. Esa nota la leyó Cecilia Jesús Löwer, prima del joven, a quien creía desaparecido. Juntos reconstruyeron su historia.

Las investigaciones realizadas mediante pruebas de ADN por la UFI AMIA (Unidad Fiscal AMIA, a special Attorney-General Unit created to investigate the AMIA attack) determined in 2016 that the only victim whose identity was still unknown was Augusto Daniel Jesús. He was 19 years old and at the time of the explosion was with his mother, María Lourdes Jesús, who also died in the attack.

Solo pudieron rescatarse sus huellas dactilares y unos papeles: el único dato obtenido fue la dirección de una parroquia donde funcionaba un refugio para indigentes. Allí vivía con su madre. El periodista Hugo Martin investigó su caso y habló con todos sus familiares vivos. Nadie tenía una foto de él. Entonces publicó una nota en la revista Gente que finalizaba con una metáfora y un deseo: “Ojalá la víctima número 85 de la AMIA tenga, además de un nombre, un rostro. El mensaje en la botella ya fue arrojado al mar”.

Un día como cualquier otro, Cecilia Jesús Löwer estaba en el consultorio del dentista esperando que la atendieran. Tomó una revista, la empezó a hojear y se enteró de que su primo, a quien creía desaparecido desde 1994, había sido en realidad una víctima del atentado a la AMIA.

Su familia, cuenta Cecilia, “siempre fue muy poco comunicativa. Hay cosas que no se hablaban”. Lo último que supo de Lourdes y Daniel es que vivían en la casa de sus abuelos. Cuando esta casa se vendió, tuvieron que irse y le dejaron unas bolsas con sus cosas a una tía. “Guardame esto hasta que nos instalemos en algún lado”, le había dicho Lourdes. Nunca regresó.

Entonces Cecilia recordó este episodio y fue a buscar esa bolsa: encontró fotos, dibujos, cartas y muchos recuerdos de Daniel. Se los acercó a la AMIA, también a Hugo. Juntos reconstruyeron una historia que se creía imposible, la de la víctima 85, la del “muerto sin rostro”. Gracias a ambos, Augusto Daniel Jesús pudo recuperarlo.

In 2016 it was discovered that the 85th victim of the AMIA attack was named Augusto Daniel Jesús. There were no photographs of him, and for that reason journalist Hugo Martin, who was investigating the case for Gente magazine, published an article titled “Dead Man without a Face”. Cecilia Jesús Löwer, a cousin of the young man who was believed missing, read the article. Together they pieced together his story.

DNA research carried out by the UFI-AMIA (Unidad Fiscal AMIA, a special Attorney-General Unit created to investigate the AMIA attack) determined in 2016 that the only victim whose identity was still unknown was Augusto Daniel Jesús. He was 19 years old and at the time of the explosion was with his mother, María Lourdes Jesús, who also died in the attack.

The only things salvaged were his fingerprints and some papers indicating his address as a parish that served as a shelter for the indigent. He lived there with his mother. Journalist Hugo Martin investigated his case and spoke with all Daniel's living relatives. No one had a photo of him. Then he published an article in Gente that concluded with the metaphor of a bottle tossed into the sea with a message inside expressing a wish for someone to find it.

One seemingly ordinary day, Cecilia Jesús Löwer was at the dentist's office, waiting for her appointment. She picked up a magazine, began thumbing through it, and discovered that her cousin, whom she had believed missing since 1994, had in fact been a victim of the AMIA attack.

Cecilia notes that her family “was never very communicative. Certain things weren't discussed.” The last she had heard of Lourdes and Daniel was that they were living in their grandparents' house. When that house was sold, they had to leave, entrusting a few bags with their belongings to an aunt. “Hold on to this for me till we settle down somewhere else,” Lourdes had asked her. And she never returned.

Then Cecilia remembered this episode and went looking for that bag: she found photographs, drawings, letters, and many of Daniel's mementos. She brought them to AMIA as well as to Hugo. Together they reconstructed a history that had seemed impossible, that of victim number 85, the “Dead Man without a Face,” who now, thanks to both of them, she had reclaimed.





Julio Menajovsky | Lía Parsons

Julio Menajovsky es fotógrafo y fue uno de los primeros reporteros que llegó al lugar, minutos después del atentado. Una de sus fotos fue la tapa del diario Clarín al día siguiente y se volvió icónica. En la imagen, Germán —una de las víctimas fatales— es trasladado en una camilla. Lía Parsons es su hermana.

La foto: rescatistas cargan a un muchacho en una camilla; de fondo, las ruinas y el desastre. Germán Parsons era su nombre, tenía 29 años. Estaba en su casa, en el primer piso del edificio frente a la AMIA.

Esa mañana, Julio estaba a unas pocas cuadras sacando fotos para una nota sobre la desocupación. Cuando escuchó la explosión, se dirigió a la calle Pasteur con su cámara. "Un acontecimiento realmente monstruoso", recuerda.

Lía, la hermana de Germán, vivía muy cerca de la AMIA. Cuando escuchó la explosión, enseguida pensó en él. Lo llamó por teléfono varias veces, le daba ocupado, entonces se abrigó y salió corriendo a buscarlo. A las 7 de la tarde le confirmaron que estaba en la morgue. "Germán era artista. Incrediblemente, tras la explosión, sus cuadros quedaron intactos", cuenta Lía.

Hace poco, vio por primera vez la foto en colores. "Es una imagen completamente distinta, tan impactante como la primera", confiesa.

Ambos se preguntan qué significa esa imagen para cada uno. Julio cree que es una manera de resignificar un momento de su vida que lo ha marcado personal y profesionalmente desde hace 25 años. "Necesitaba saber la historia de esta foto—dice Lía—; ahora tengo la sensación de que Germán estuvo acompañado".

Julio Menajovsky is a photographer and was one of the first reporters to arrive on the scene, minutes after the attack. One of his photos appeared the following day on the cover of the newspaper Clarín and has become iconic. In the image, Germán – one of the fatalities – is being transported on a stretcher. Lía Parsons is his sister.

Photo: Rescuers load a young man onto a stretcher; in the background, the aftermath of the disaster. Germán Parsons was his name. He was 29 years old. He was at home, on the first floor of a building opposite the AMIA structure.

That morning, Julio was a few blocks away, taking photos for an article about unemployment. When he heard the explosion, he headed for Calle Pasteur with his camera. "A truly monstrous event," he recalls.

Lía, Germán's sister, lived very close to AMIA. When she heard the explosion, she immediately thought of him. She phoned him, but the line was busy, so she threw on her coat and hurried out to search for him. At 7:00 PM she learned that he was at the morgue. "Germán was an artist. Incredibly, his paintings remained intact after the explosion," Lía says.

Not too long ago, Lía saw the photo in color for the first time. "It's a completely different image, as impactful as the first one," she admits.

They both wonder what that image means to them. For Julio, it's a way to assign new meaning to a moment in his life that has marked him personally and professionally for more than 25 years. "I needed to know the story behind this photograph," says Lía. "Now I have the feeling that Germán was not alone."



AUTORIDADES | *AUTHORITIES*

Presidencia de la Nación | *Argentine Presidency:*

Mauricio Macri, Presidente | *President*

Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto | *Ministry of Foreign Affairs and Worship:*

Jorge Marcelo Faurie, Ministro de Relaciones Exteriores y Culto | *Minister of Foreign Affairs and Worship*

Sergio Alberto Baur, Director de Asuntos Culturales | *Director of Cultural Affairs*

Sistema Federal de Medios y Contenidos Públicos | *Federal System*

of Media and Public Content:

Hernán Lombardi, Secretario de Gobierno | *Secretary of State*

Gabriela Ricardes, Secretaria de Contenidos Públicos | *Secretary of Public Content*

Consulado General y Centro de Promoción Argentino en Nueva York | *Consulate*

General and Trade Centre of The Argentine Republic in New York:

Marcelo Martín Giusto, Cónsul General | *Consul General*

Claudia Corti, Cónsul General Adjunto | *Deputy Consul General*

Eduardo Almirantearena, Cónsul General Adjunto | *Deputy Consul General*

AMIA:

Ariel Eichbaum, Presidente | *President*

Darío Curiel, Secretario General | *General Secretary*

Alberto Chaieno, Tesorero | *Treasurer*

Daniel Pomerantz, Director Ejecutivo | *Executive Director*

CREDITOS | *CREDITS*

Idea y Curaduría | *Idea and Curatorship:*

Elio Kapszuk

Fotografías | *Photos:*

Julio Menajovsky

Proyecto General | *General Project:*

Gabriel Scherman - Julio Menajovsky - Elio Kapszuk

Asesor en Estudio e Iluminación | *Advisor at Studio and Lighting:*

Silvio Zuccheri

Coordinación General | *General Coordination:*

Nadia Schraier

Producción | *Production:*

Vanesa Samsolo

Retoque Digital Retratos | *Digital Retouching of Portraits:*

Juan Beccar Varela

Retoque Digital Fotos Históricas | *Digital Retouching of Historical Photos:*

Sebastián Barragan

Impresión de Fotografías | *Photo Printing:*

Duggal Studio in New York

Supervisión de Impresión | *Printing Monitoring:*

Enrique Shore

Textos | *Texts:*

Luciano Sálliche

Traducción | *Translation:*

Andrea Labinger

Corrector | *Copy Editor:*

Gonzalo Fernández Rozas

Diseño del Catálogo | *Catalogue Design:*

BasevichCrea

Estudio Fotográfico | *Photo Studio:*

Zuccheri y Asociados

La realización de este poyecto contó con el apoyo de | *This project*

was supported by the:

Federal System of Media and Public Content

Agradecimientos especiales | *Special Thanks:*

Jorge Cordonet - Raimundo Contreras - Gustavo Gonzalez

Martin Lucas - Gustavo Mozzi - AMIA General Accounting Department

AMIA Treasury Department - AMIA Procuring Department

AMIA Marc Turkow Center - Alejandra López



VEINTI CINCO
TWENTY FIVE

A large, bold, white number '25' is centered in the upper half of the image. The '2' and '5' are connected, with the '5' having a thick, rounded bottom. The number is superimposed over the text 'VEINTI CINCO' and 'TWENTY FIVE'.

Consulate General of Argentina in New York
12 West 56 th Street, New York, NY 10019